

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XVIII —

Los había visto varias veces dialogando con los pescadores que tejen las redes cerca al mar. Inseparable pareja de seres un poco fantasmales que hacían Bruno y su compañero, con sus blue-jeans destartalados y sus viejas camisas sin botones abiertas hasta la cintura. Bruno tiene el pelo lacio y le cae hasta la nuca, el otro se parece a un San Juan Bautista con un aire irónico, por el pelo encrespado tan largo como el de Bruno y la barba enmarañada de rizos absurdos. Nunca imaginé que los dos fuesen artistas: Bruno hace pinturas abstractas y Edmond Jaquerod escribe versos. Esto me lo ha dicho Monique que me ha prometido llevarme a su *atelier*. Helena en la forma más discreta y enérgica me ha hecho saber que no quiere tener relación alguna con ellos.

—Pero si son dos artistas, ¿qué me importa la forma como estén vestidos?

—No quiero. Simplemente no quiero que me vean con ellos.

—¿Puedes perder algo por estar con ellos unos momentos?

—Nada. Pero tengo ciertas ideas sobre el aprecio personal. Son sucios. No me gusta la suciedad. Esta noche me voy. Mañana puedes estar todo lo que quieras con ellos.

—Muy bien.

—Hoy vamos a nadar. Hay un sol muy bello y hace calor. Tenemos al otro lado una playa pequeñita para nosotros solos. Nadie va porque el agua está muy fría.

—Sea.

Me corroe la curiosidad por estar un largo rato con este par de vagabundos que me han traído desde el primer momento. Mas es cierto: hoy parte Helena y he determinado no volver a verla jamás. Comprendo que en mi insistencia por estar con ellos hay tan solo una candorosa trampa para no pensar en esta despedida.

— 1505 —

El mar ha desplegado sus azules más puros para jugar con toda la coquetería de Helena, con todo su juego de artimañas y de malas artes de mujer. Corre, salta, se sumerge y me insta que nade con ella. Parece que quisiera disfrutar de la misma esencia del mar hasta agotarla, hasta dejarlo vacío para poder abandonarlo sin tristeza. Estoy bajo el veredicto de sus ojos, bajo esa fascinación que prepara su disfraz del próximo instante. El intruso mar moja nuestros pies las horas enteras de la tarde, con su rico plumaje de sol y el azulado rocío de sus estrellas. Es un juego agotador que apenas logra resistir nuestra pobre sinceridad, prolongado hasta que el dios dijo "sea noche" en su palacio de violeta. ¡Y sin embargo, sin embargo!

A las ocho de la noche vemos arribar el barco con las maletas en el muelle. Un beso rápido, deliberado, frío, nos separa. "Si no salgo para Barcelona vuelvo el domingo por la mañana". "Cuando ya se ha extinguido el chapoteo de la barca que la conduce a su destino, doy la espalda y muy lentamente me dirijo al bar del Apolo. No puedo menos de sonreír pensando que con veinte años menos Helena habría sido la causa de un suicidio.

En la puerta está Bruno, con quien había quedado de encontrarme para asistir a una reunión de Marcos, el "pintor" americano. Bruno me ha puesto sobre los antecedentes de nuestro anfitrión: esplendidez, belleza, inteligencia, gustos equívocos. Marcos, que es newyorquino es como un dios dorado de la isla; es un pequeño príncipe rodeado de una corte de amigos y de mujeres hermosas que llegan de todas las esquinas del mundo para disfrutar los excéntricos placeres de su casa. Antes pasaremos por el *atelier* para ver algunos versos de Edmond que ha de estar esperando.

Bruno me cuenta que esta casa la tiene solamente después de que pasó el verano. Durante el tiempo anterior durmió en la playa, entre las arenas tibias. Ahora es muy fácil conseguir una casa casi por nada en Myconos, porque la estación ha terminado y medio pueblo, con sus casas especialmente dedicadas al turismo, se encuentra desocupado. Me dice cómo puedo conseguir una, y efectivamente lo hago al otro día. El *atelier* es un cuarto espacioso con un caballete, dos camastros y una cocina; al fondo un corredor magnífico que da al mar.

Edmond parece que es suizo. No quiere confesar su nacionalidad, pero habla contra Suiza con un odio tan sincero y natural que solamente se puede tener por la patria. Su actitud frente a la vida es irónica: la verdad es que alguien ha de estarnos tomando el pelo con esta existencia, alguien a quien le gusta jugar con nosotros y nada hay serio o, mucho menos, nada que pueda reclamar la seriedad nuestra. Así se resume toda su filosofía de la vida. Toda la filosofía de sus poemas y de sus versos que escribe sin mayúsculas con cierta intención despreciativa.

isolation

*regardez le cadavre que je suis aux mille salives sèches
remontant ce fleuve de boue puante
un parfum imaginaire s'incruste dans mon sprit
chase tout virus et active ma guérison*

*o malades je suis cadavre d'une tombe mille fois profannée
ne reconnaissant ni l'air ni la terre comme mère
l'adoptivite par mon cas est nulle
peut-être que pour les crédules elle existe
mon sang est haine et amour
un fleuve á deux dimensions.*

extrañamiento

*mirad el cadáver que soy con mil salivas secas
que remonta este río de lodo pestilente
un perfume imaginario se incrusta en mi espíritu
expulsa todo virus y activa mi curación
oh enfermos soy cadáver de una tumba mil veces profunda
que no reconoce ni al aire ni a la tierra como madre
la adopción en mi caso es nula
quizás para los crédulos existe
mi sangre es odio y amor
un río de dos dimensiones.*

Bruno, a quien le circula por la sangre el desenfreno de los viajes discute conmigo las vías, las mejores vías para viajar a América. Después de examinarlas, una por una, con sus posibilidades de trabajo, de exponer, etc., preguntamos a Edmond: "prefiero la Vía Láctea", dice arrugando irónicamente su nariz de morsa tímida.

No es extraño que el único libro que encuentro en la habitación de mis amigos sea las obras de Rimbaud. Abro al acaso y encuentro la siguiente frase: "Pour Hélene se conjurèrent les séves ornamentales dans les ombres vierges et les clartés impassibles dans le silence astral". ¿Quién eres tú? ¿Quién, Helena?

Llega Susana, la americanita de Los Angeles, amiga de Bruno. Es muy amable y sabe algunas frases en español. Con ella salimos a la fiesta de Marcos, cuya casa queda al otro lado de la isla. Subiendo las escaleras que hasta ella conducen, jóvenes de la isla nos sonríen insistentemente; están al asedio de la casa pero quizás ya no gozan de los favores del dueño. Dentro hay un olor a incienso. Está Monique y luego de unos vasos de vino conozco a Ngaire la australiana, que tiene unos ojos verdes inmensos, y ese extraño nombre maorí que me hace soñar desde el primer momento. Jazz, música electrónica, colecciones abstractas, vinos magníficos, una atmósfera decadente que hubiera disfrutado Constantino Gavafi, lo suficientemente clara para aguijonear la atención y lo esencialmente sutil como para no disgustar a ninguno de los no iniciados. Ngaire rápidamente me explica con cierta desesperada rapidez su interés por el lugar: "En la casa que habito no hay baño y Marcos me facilita el suyo todas las veces que quiero. De otro lado, le gusta que vengan mujeres a su casa para salvar las apariencias". Yo, seguidamente, y con el mismo apresuramiento, le explico que es la primera vez que asisto a sus reuniones y que estoy allí por pura curiosidad.

De ahí salimos a la casa de una joven escritora, americana también, cuya amiga asistía a la fiesta de Marcos. Ngaire me dice que el ambiente es parecido con sus particulares refinamientos. La dueña es una joven desgarbada que tiene un rostro muy agradable, usa anteojos y durante la conversación emplea una sofisticada displicencia que no se si es una especie de trinchera que enfrenta a todos los de mi sexo. Esa noche no pude averiguar por su nombre y después no lo supe nunca. Todo el tiempo estuve haciendo el papel de escritora con gran complacencia y admiración de sus amigas. Tiene su máquina de escribir a un lado de la sala donde se celebra nuestra reunión y entre copa y baile, se sienta unos minutos y escribe dos o tres líneas de una novela fabulosa "sobre la vida en Mykonos", Susana que ha estado allí varias veces me lo dice con esa levísima medialuna que prolonga su boca con el gesto de la Mona Lisa.

Al día siguiente viajo a Delos con Ngaire. Una hora necesita la barcaza para recorrer la distancia que la separa de Mykonos. El mar parece un lago de un azul tan profundo que no me atrevo a tocar por miedo a teñirme las manos. La isla, que es un soberbio campo arqueológico fue centro de una de las más famosas devociones en todos los tiempos. Kostas Kambanys me confió, muy secretamente, que en las noches de luna llena después de unas cuantas copas de *uzo*, se pueden reconstruir todos los viejos templos con la imaginación. Y nos pusimos una cita para hacer ese viaje nocturno y verificar el hecho en el próximo plenilunio.

Por menos de un dólar diario disfruto de una casa que me consiguió Bruno. Una vieja encantadora va todos los días a barrer y a arreglar la cocina. Nuestras conversaciones a base de gestos exageradísimos son interminables. Esta mañana, de hoy domingo, me despierta con unas manzanas y una botella de vino de la tierra. Algo trata de explicarme que no puedo entender, sino cuando salgo y me doy cuenta que es día de elecciones y está intervenida la venta de licores. Por cierto que desde la amable servidora hasta el último dueño de taberna, parece que todos están empeñados en burlar las disposiciones de la policía porque en la tarde hay una especie de borrachera general en el bar del Apolo, con bebidas vendidas clandestinamente en pocillos para servir café.

Gladys es una inglesita bellísima y brutísima que toca guitarra, está enamorada de Aquiles, el dueño de la más importante agencia de turismo de la isla, quien le ha cedido su apartamento y ya se aburrió de ella. Las últimas copas de la noche las tomamos acompañados por su guitarra. Está convencida que Aquiles es *play-boy* en el que no se puede confiar. "Miren la cantidad de fotografías que tiene con mujeres distintas. Yo no sé para qué me tiene en este apartamento porque no me visita nunca. Ahora creo que anda con la griega, la novia a quien da vacaciones durante todo el verano". Trato de explicarle que ese es un aspecto de su negocio pero no me lo cree. "Aquí me voy a quedar hasta que lo recupere".

28 de octubre. Se que hoy es esta fecha porque la isla ha amanecido embanderada. Es fiesta nacional y los niños desfilan hacia un monumento en donde se presenta una especie de tragedia entre actores niños. Las recitaciones me emocionan muy profundamente. ¿Qué despierta dentro de mí

el verso griego? Me parece, cuando lo oigo, que se rompe esa sensación de que el tiempo se pudre no se si dentro o fuera de mí. Una fuerza que me ata con algo muy oscuramente remoto.

Los pocos días que me restan en Mykonos los paso en compañía de Bruno, de Edmundo y de Ngairé. De Ngairé, después de que celebré con ella una especie de pacto de no agresión, entre lágrimas y besos al final de una cena con mucho vino en mi casa. Somos muy buenos amigos, nada más, que vamos con nuestras mutuas soledades, sin que vuelva a mí la pretensión de mezclarlas. Dos días antes de mi partida se va para Londres a buscar trabajo como dibujante de publicidad.

La última noche la paso en diálogos interminables con Edmond y Bruno. Nada hay registrado sobre ellos, fuera de que Bruno me informó que Susana le había dado la *pisse-chaude*, dato que me dejó completamente desolado. Las dos únicas noticias importantes en este tiempo fueron los zapatos que estrenó Bruno, que no le permitían caminar después de haber estado descalzo todo el verano, y el premio Nobel para Seferís. El día en que apareció la noticia, Kambanys que venía por la costanera contrariando el viento, cuando me vio se puso a agitar un periódico como un desesperado: "El premio Nobel para un amigo mío, para Seferís". Después, a mi regreso a Atenas, Dicktaeos me dijo que hacía tiempo que Seferís estaba luchando por ese premio. "La entrega de Chipre en gran parte se debe a tal ambición".

* * *

Parto para Estambul con un día lluvioso. A mi regreso encontré en el hotel una carta de Helena, en donde me habla de "cosas inolvidables" y se despide no con un "adiós" sino con un "hasta luego", escritos en español. En Mykonos dejé, no se si consciente o inconscientemente, sus señas, tanto de Madrid como de Lambertville.

Creo que este simple roce con Grecia ha producido en mí algo así como un campo magnético que puede propiciar una epifanía, un poema, algo extraordinario. Estoy seguro de abandonarla lleno de tristeza, como si hubiera abierto apenas la primera página de un libro fascinador que de repente se me arrebatara. Y Helena... Helena siempre estará unida a estas ruinas, a este sol, a este mar. A este mar donde esculpí su recuerdo.